

Una Colaboración de EMMA PÉREZ

“OCUPEMONOS DE LAS COSAS PORQUE HAN LLEGADO LOS

EL triunfo de la revolución cubana, que representa la puesta de los derechos humanos por encima de los ciegos egoísmos internos y externos, tiene la dimensión de una esperanza latinoamericana y universal. Cuba hoy es una inmensa aurora para todos los pueblos del mundo. Sí, la pequeña isla de Cuba, irradia, generosa, esa luz.

Más que los fusiles han sido las armas de la justicia y la libertad, recuperando todo su prestigio en las manos de nuestros jóvenes —esas armas que tanto han hecho por mellar, enmohecer y abatir los dictadores y los fabricantes de dictadores— las que han vencido. Em-

puñadas con un coraje nuevo y fresco por una generación digna de cantos de aedas y de epopeyas, las armas de la justicia y la libertad, lograron la victoria. Este triunfo es poderoso como la vida y trae en su seno las posibilidades de un porvenir extraordinario. Repetimos: no sólo para Cuba ni aún solo para América Latina: para todos los pueblos de la tierra. La alegría que esto ha de producir a la juventud revolucionaria cubana únicamente puede compararse con la responsabilidad que debe ir unida a ella. A partir del 1.º de enero de 1959, en que huyó la Jauría de la Muerte, arrastrando tras sí a los que se

prestaron a ayudarla a fugarse, cualquier país del mundo puede confiar en que, aun librado a sus propias fuerzas, es capaz de obtener su libertad contra el más criminal de los regímenes, si se lo proponen sus hijos. Lo que más le falta a nuestra época es fe. ¡Y Cuba puede dársela! Porque, aún en los momentos más atroces y en las condiciones más degradantes, sus hijos siguieron creyendo en el porvenir con una fe obstinada. Porque ni un solo día en la larga lucha de hijos se dejaron de preguntar: “¿Qué nos quedaría si nuestra fe desapareciera?” Y todo el que se hace tal pregunta tiene un

caudal indestructible de fe profunda. ¿Fe en qué tenían —siguen teniendo— los jóvenes revolucionarios cubanos, tanto los que han quedado vivos como los que han muerto por ella? Fe en el carácter sagrado de la vida humana. Y fe en que ellos serían capaces de implantar en su isla costumbres nuevas, costumbres purificadoras. Por eso fueron primero invencibles y al fin vencedores.

La revolución cubana es la revolución de una clase nueva y siempre renovada: la juventud. No conozco en toda la historia otra semejante.

A nuestra América Latina siempre se le pide originalidad. ¡Pues aquí tienen los pedigüños la original revolución cubana! ¡Única en el mundo!

Tal como quien escribe estos apuntes alcanza a verla, se trata de una revolución esencialmente objetiva, humana, moderada. Una democracia nueva, reformista, quizás socialista, pero respetuosa de las tradiciones y de la comunidad histórica. Una síntesis entre el nacionalismo, el progresismo liberal y el socialismo. Un socialismo humano, sin terrorismo de Estado, ese monstruo de monstruos. Una síntesis del socialismo y la libertad democrática.

¿Es así como ve usted la triunfante revolución cubana, lector? ¿Soberanía nacional sobre la base de instituciones democráticas y mejoramiento material, representado por la industrialización y la distribución justa —o, como mínimo, muchísimo menos injusta— de la riqueza de Cuba?

¿Es así, lector, como la querría? ¿Así de libre y así de justa? ¿Así de hermosa y cada día más y más esperanzadora, estrenada constantemente, creativa, guiada por la pureza de Martí y por el heroísmo de Maceo, apoyada en la voluntad del



Sueño en la Guerra, Desvelo en la Paz.

Tomada en campaña, esta foto de Fidel Castro demuestra que en la Sierra Maestra, sobre los flancos maternales y generosos de la tierra cubana, podía dormirse a pierna suelta. En cambio —según el discurso de Castro en Camagüey— desde que huyó Batista el 1.º de enero, él no duerme ni noche ni día. Por duras y terribles que sean las tareas de la revolución en armas, mucho más lo son los trabajos de la paz constructiva. Por mucho que el pueblo ayudara a ganar la guerra necesaria por la libertad de Cuba, mucho más tendrá que ayudar ahora a cumplir las jornadas fecundas y patrióticamente trastornadoras de la paz revolucionaria.

ESENCIALES TIEMPOS"

pueblo, segura y firme, vigilante y autovigilante, orgullosa y modesta? Una respuesta afirmativa no puede traducirse solamente en una palabra sino en una actitud responsable de íntegra y solidaria ciudadanía. La ejemplar revolución cubana en su etapa constructiva tendrá que hacerse con el entusiasmo y con el trabajo de todos. Así como con el total desinterés de todos. El más conmovedor desinterés y la más noble generosidad han sido los signos de la guerra necesaria que acaba de crucificar a Cuba, por parte de lo más limpio que tiene un país: sus hijos más jóvenes. Ese desinterés y esa generosidad tendrán que multiplicarse en la paz, aunque parezca una blasfemia decirlo, para que la sangre y la esperanza derramadas den sus mejores frutos. Para poder gritarles a Martí y a su acompañamiento de hijos luminosos, tan alto y con tan potente amor que alcancemos su órbita: "¡Estamos creciendo, obedeciendo, pisando con religiosidad las huellas que ustedes marcaron, muertos queridos!" Hace aproximadamente medio siglo Martí les pidió a nuestros países: "¡A crecer, pueblos de América Latina, antes de que pasen cincuenta años!" Sabía lo que iba a sufrir Cuba y cuál era su única salvación. Lo sabía todo el padre dulce, el padre enérgico. Le bastaba pasarse la mano por la frente para adelantársenos en el tiempo y conocer nuestro destino, que soñó magnífico, sin negarnos que el sufrimiento sería el precio de su grandeza.

En 1959, el papel de la pequeña Cuba y de sus hermanas latinoamericanas es decisivo en el mundo porque, como dice Carleton Beals, si el mundo se salva de la lucha estúpida y catastrófica que se avecina entre dos gigantes, será por el esfuerzo de los países neutrales. En general es en los países subdesarrollados (como les llaman a los nuestros) donde se está jugando el drama de la humanidad. Independientes, unidos entre sí, y además con todos los pueblos que están buscando su independencia, las naciones de América Latina entran en escena como una eclosión de esperanza de dimensiones planetarias. Los cubanos deben meditar sobre el papel que su país está representando y apretarse las sienes largo rato con las palmas de las manos, pensando en ese privilegio. Cuba ha luchado —y vencido— por su propia gloria y su propia solidaridad, pero también por las de toda "nuestra América" y por las de la especie humana. (El solemne y amado grupo de Martí y sus hijos obedientes pasa sonriendo.)

Si —como ha sido!— la revolución cubana se cumplió por la puesta de los derechos de los hombres sobre los egoísmos ciegos, internos y externos, Cuba no puede ser —no será— de "los que van llorando,

sombrero en mano, buscando ayuda de Washington o de Moscú y sólo merecen ser esclavizados y hundidos en el desastre general". (Carleton Beals.) Sobre las mentiras y los crímenes del capitalismo y del comunismo, Cuba debe poner —y pone— la libertad y la justicia, devolviéndoles a estas palabras su original vigor y fulgor y creyendo al pie de la letra en los términos "democracia", "pueblo", "honestidad", "solidaridad". La solidaridad cubana-latinoamericana es indis-pen-sa-ble, no solamente para ganar el respeto del mundo —lo que más nos suplicó Martí fue que nos hiciéramos respetar por honrados y dignos y trabajadores e inteligentes— sino para influir de modo positivo en la tragedia internacional.

Internamente hay dos combates grandes que librar con urgencia: el uno contra la anarquía, el otro contra el parasitismo. Ganados ambos, resuelta de antemano la cuestión del poder por las armas, hay que sacar lo antes posible a nuestra producción de su estadio primitivo, lo que equivale a atenuar de inmediato —mientras pueda suprimirse por completo— el escándalo vergonzoso de la miseria del pueblo.

Siempre he creído en la purísima Simone Weil, pero viendo lo que han logrado los jóvenes de mi patria con su absoluto desinterés hoy dudo de ella cuando afirma: "Todo grupo humano que ejerce un poder no lo ejerce para hacer felices a los que están sometidos, sino para acrecentar ese poder; es cuestión de vida o muerte para cualquier dominación" ¡Si tú, escritor de alma intacta, hubieras visto esta inmolación, habrías puesto un margen de duda a tu pesimismo! ¡En Cuba han llegado los tiempos! Los tiempos de creer que puede gobernarse para hacer felices a los gobernados. (Observe mi lector exigente que no he escrito "de estar seguros", sino "de creer").

La hermosa revolución cubana debe ahora nutrirse más de rigor que de emociones, más de tratados que de panfletos, más de estudio profundo y sereno que de declamación. La historia no termina, avanza. Cuba tiene ahora que marchar históricamente con un amplio espacio de memoria detrás de sí misma (vincularse a su tradición política, cultural y económica, patente en la obra poderosa de nuestros pensadores del XIX) y con un amplio espacio de trabajo creador delante de sus pasos. Cuba debe ocuparse ahora de lo esencial porque, como en la recomendación de San Pablo, "han llegado los tiempos". Los tiempos que, si se dejan ir sin aprovecharlos, no volverían sino a condición de volver los cubanos a pagar un precio de martirio y de sangre como el que acaba de costarle su libertad.

De Usted También Diremos Algo...

• Dijo Fidel Castro: "Mi primer acto ejecutivo cuando me convencí de que Batista había huido dejando una junta de gobierno contrarrevolucionaria, fue ordenarle a Camilo Cienfuegos que saliera en seguida a tomar Columbia. Y a Camilo se le puede ordenar una cosa así". Camilo Cienfuegos, que parece el San Mateo de un vitral de Bourges del siglo XIII, debe haber recibido orgulloso esa cruz de honor.

• Faure Chaumont, Secretario del Directorio Estudiantil, propuso la formación de un Partido Único, en nombre de la democracia. No, agüerrido Chaumont. Sólo la pluralidad de partidos es compatible con la democracia. Con la democracia, que es lo que necesita Cuba.

• Fidel Castro pone mucho énfasis en la idea de que el pueblo sólo hace de buena gana lo que no se le impone. En efecto, la opresión y la violencia provocan automáticamente la resistencia.

• A Oscar Lucero, la persona más llena de nobleza que había en el mundo, lo asesinaron en el Buró de Investigaciones. Alguien que lo vio poco antes de morir nos dijo con qué ejemplar valor habló a sus verdugos. ¡Y a éstos (el hijo sanguinario de Pilar García, Pérez Coujil y los del Buró), no se les pudo pedir cuentas del crimen, porque esa clase de asesinos siempre encuentra gentes increíbles que se prestan a "protegerlos"!

• El gobierno revolucionario pidió a Venezuela prioridad para el retorno a Cuba de la viuda de Marcelo Salado. Marta, ¡qué compañera y qué amor! Su segundo hijo nació el día que asesinaron a su padre. "Los niños concebidos en la época más desinteresada y generosa del alma de sus padres" —decía Martí.

• Martí quería que, en vida y en muerte, los jóvenes se acogieran a su pecho: "Como hijos, los jóvenes conmigo". No es forzar la imaginación ni el sentimiento ver a su augusta y dulce sombra amparando las almas nuevas de los cubanos que han caído en esta lucha por la libertad. Allí van, por cielos eternos, el padre y sus héroes. Allí, donde no hay días ni noches, van los inmortales. Unamos sus nombres nosotros y descendarán sus sonrisas sobre nuestras frentes. ¿Por qué no terminar el Monumento de la Plaza de la República? —que ha dejado de parecer tosco y horrible desde que la Jauría del Crimen dejó de intervenir en su construcción— y escribir en él, indeleblemente, los nombres de Martí y sus hijos, los que no temieron perecer por obedecerlo? Aunque uno duda de que, por pequeños que fueran los trazos, cupieran todos. ¡Cuántos muertos hay! De algunos no se olvidan los nombres; otros, los menos conocidos, ni siquiera sabe mucha gente cómo se llamaban: Ricardo Martínez Armenteros, Luis Arturo Ruiz Pallares. Halvein Quesada Rodríguez (¡18 años!), Evidio Marín Marrero (¡22 años!), José A. Macau Cossío (¡20 años!), Juan Oscar Alvarado Miranda (¡20 años!), José Fernández Duque, Víctor González Hernández, Roberto Cals Fernández del Cueto, Emilio Rodríguez Páez, Vicente Chávez Fernández, Jorge Mato Ramos, Reynaldo Aulet Rodríguez Rey, Rosendo Rodríguez Ibarbia, Alfredo Rodríguez Carbonell, José Prieto Rodríguez José Elías Benítez Delgado, Manuel Pérez Blanco, Orlando Cuéllar Penálver, Juan Lefont Alfonso, "Un desconocido como de 25 años"...

Elevar rápidamente la producción y el nivel de vida sin destruir la libertad individual, es la tarea. El que la interrumpa es un traidor y, si se atreve a volver a nombrar a Martí en su vida, será también un blasfemo. Pero esta última oración es sórdida y le pido perdón a mi lector por haberla escrito. No. A ningún cubano, a ningún joven —que son los que tienen la palabra y la acción— le pasaría por la frente ese crimen contra su patria y contra su especie.

Cómo sustituir el espíritu de la política muerta por una nueva fuerza moral, capaz de instaurar la creación económica en un mundo cada vez más y más robotizado y manipulado, es algo de carácter epopéyico, como el haber vencido a un dictador armado hasta los dientes, a quien sus brujos le prescribían bañarse en sangre cada noche. Cómo instaurar, además, la creación espiritual y libre en una

pequeña isla de ese superdominado mundo, es cosa de titanes. Pero se hará. Si algo hay que agradecerle a Fidel Castro es la seguridad que ha inyectado en las venas de Cuba de que nada es imposible. Si con doce hombres y dos rifles los expedicionarios sobrevivientes del Gramma no perdieron la fe y la fuerza, el ser humano es un millagro de energía y poder. ¡Benditos sean los hombres, Señor!

Nada sería más triste que ver surgir en Cuba un Estado-Providencia. Pero hay cosas que el Estado tiene que hacer porque las empresas privadas —y menos extranjeras— jamás se preocuparán de hacerlo, sino, al contrario, de impedirlo. Las dos grandes realizaciones a que aspiramos... ¡después de ser libres! son: aniquilar la miseria y el analfabetismo. Ese ha de ser el comienzo. El comienzo urgente, que no debe dilatarse un

(Continúa en la Pág. 164)